

de venta. Á usted es á quien yo se le ofrezco ante todo. Y por poco dinero. Por veinte mil francos.

— Yo sé ese secreto, lo mismo que los otros, dijo Marius.

El personaje sintió la necesidad de bajar un poco su precio :

— Señor baron, ponga usted diez mil francos, y hablaré en seguida.

— Repito á usted que nada nuevo podrá comunicarme. Sé todo lo que usted quiere decirme.

En los ojos de aquel hombre se dejó ver un nuevo relámpago. Al fin exclamó :

— Sin embargo, preciso será que yo coma hoy. Le digo á usted que es un secreto extraordinario. Señor baron, yo voy á hablar. Ya estoy hablando. Déme usted veinte francos.

Marius le miró fijamente :

— Conozco el extraordinario secreto que usted me anuncia; lo mismo que conocía el nombre de Juan Valjean, lo mismo que conozco el nombre de usted.

— ¿Mi nombre?

— Sí.

— No es cosa difícil, señor baron. Yo he tenido el honor de escribirsele á usted y decirsele. Thénard.

— ... dier.

— ¿Eh?

— Thénardier.

— ¿Quién es ese?

En el peligro, el puerco espin se eriza, el escarabajo se hace el muerto, la antigua guardia forma en cuadro; este hombre se echó á reír.

En seguida se sacudió de un papirotazo un grano de polvo sobre la manga de su frac.

Marius continuó :

— Usted es también el obrero Jondrette, el cómico Fabanton, el poeta Genflot, el español don Álvarez, y la mujer Balizard.

— ¿La mujer qué?

— Y ha tenido usted una posada-bodegon en Montfermeil.

— ¡Una posada! Jamas.

— Yo le digo á usted que es Thénardier.

— Y yo lo niego.

— Y que es usted un miserable. Tenga usted.

Y, sacando de su bolsillo un billete de banco, Marius se le arrojó á la cara.

— ¡Gracias! ¡perdone usted! ¡quinientos francos! ¡señor baron!

Y el hombre, trastornado, saludando, apoderándose del billete, le examinó.

— ¡Quinientos francos! repitió embaido de gozo. Y refunfuñó á média voz: ¡Un bindoy¹ formal!

Y en seguida añadió bruscamente :

— Pues bien, sea. Estemos á nuestras anchas.

Y con la presteza de un mono, echándose el pelo hácia atrás, arrancándose sus anteojos, sacándose de la nariz y oculiando los dos cañoncitos de pluma de que hablábamos hace poco, y que por lo demás hemos visto ya en otra página de este libro, se quitó la cara como pudiera quitarse el sombrero.

Sus ojos se inflamaron; su frente desigual, llena de surcos y barrancos, abultada en ciertos parajes, horriblemente arrugada en la parte superior, se puso toda ella de manifiesto, mostrando la nariz aguda como un pico de cigüeña; el perfil sagaz y feroz del hombre de presa reapareció en aquel rostro inmundo.

¹ Billete.

— El señor baron es infalible, dijo en voz clara y neta, habiendo desaparecido ya todo gangueo, yo soy Thénardier.

Y enderezó su dorso encorvado.

Thénardier, pues en efecto era él, se halló sorprendido de una manera extraña; y aún se habria turbado, si fuera él capaz de turbarse. Habia venido á traer una sorpresa, y era él quien la recibia. Esta humillacion le valia ya quinientos francos, y bien considerado todo, la habia aceptado sin escrúpulo; mas no por eso se hallaba él ménos atónito.

Por primera vez en su vida veia á aquel baron Pontmercy, y á pesar de su disfraz, aquel baron Pontmercy le reconocia, y le reconocia á fondo. Y no solamente aquel baron se hallaba enterado de lo que concernia á Thénardier, sino que tambien estaba al corriente de la vida y milagros de Juan Valjean. ¿Quién seria pues aquel jóven casi imberbe, tan glacial y tan generoso, que conocia los nombres de las gentes, que sabia todos sus nombres, y que las abria su bolsillo, que maltrataba á los bribones como un juez, ¿que los pagaba como una ineauta víctima?

Aunque habia sido vecino de Marius, Thénardier, segun recordará el lector, no le habia visto jamas, lo que es harto frecuente en París; en otros tiempos habia él oido vagamente hablar á sus hijas de un jóven muy pobre llamado Marius que habitaba en la casa. Le habia escrito, sin conocerle, la carta consabida, pero no existia en su mente ningun punto de relacion, ningun término de comparacion posible entre aquel Marius y el señor baron Pontmercy.

Por lo demas, gracias á su hija Azelma, á quien él habia puesto á la pista de los novios del 16 de Febrero, y gracias á sus investigaciones personales, habia él llegado á saber muchas cosas, y desde el fondo de sus tinieblas, habia logrado apoderarse de ciertos hilos misteriosos. Á fuerza

de industria, habia descubierto, ó á lo ménos, á fuerza de inducciones habia él adivinado quién era el hombre á quien él habia encontrado cierto dia en la Grande-Alcantarilla. Desde el hombre, habia llegado al nombre fácilmente. Sabia que la señora baronesa Pontmercy no era otra que Coseta. Pero por este lado se proponia él guardar la mayor discrecion posible, ¿Quién era Coseta? Él mismo no lo sabia de un modo claro y exacto. No dejaba de entrever en la oscuridad de aquella historia algun origen bastardo; la vida de Fantina le pareció siempre misteriosa; ¿mas para qué hablar de ella? ¿para hacerse pagar su silencio? Tenia él ó creia tener, que vender cosas mejores que esa. Y, segun todas las apariencias, venir á hacer, sin pruebas, esta revelacion al baron Pontmercy: *Su mujer de usted es bastarda*, tal vez no habria producido otro resultado que atraer la punta de la bota del marido hácia los riñones del revelador.

En la mente de Thénardier, aún no habia empezado la conversacion con Marius. Habia tenido que retroceder, que modificar su estrategia, abandonar una posicion, cambiar de frente; pero nada esencial se hallaba aún comprometido, y ya tenia quinientos francos en su bolsillo. Además, tenia él algo decisivo que decir, y aún contra aquel baron Pontmercy que parecia tan bien informado y tan bien armado, sentíase él fuerte. Para los hombres de la naturaleza de Thénardier, todo diálogo es un combate. En este que iba á empeñarse, ¿cuál era su situacion? Él no sabia á quién hablaba, pero sabia de qué hablaba. Hizo rápidamente esta revista interior de sus fuerzas, y despues de haber dicho: *Yo soy Thénardier*, esperó.

Marius habia quedado pensativo. Conque al fin tenia ya á Thénardier. Este hombre á quien tanto habia el deseado encontrar, estaba allí presente. Por consiguiente, iba ya á poder honrar la memoria y la recomendacion del coro-

nel Pontmery. Estaba humillado al considerar que aquel héroe pudiera deber algo á este bandido, y que la letra de cambio girada desde el fondo de la tumba por su padre á cargo de él, de Marius, estuviese protestada hasta esta fecha. Pareciale tambien, en la situacion complexa en que se hallaba su espíritu con respecto á Thénardier, que habia lugar á vengar al coronel de la desgracia de haber sido salvado por semejante bribon. De todos modos, estaba él contento. Iba pues al fin á libertar de este acreedor indigno la sombra del coronel, y le parecia como que iba á sacar de la cárcel de deudores la memoria de su padre.

Al lado de este deber, existia otro: aclarar, averiguar si era posible el origen de la fortuna de Coseta. La ocasion parecia presentarse. Tal vez sabia algo de esto Thénardier. Podria ser útil el examinar el fondo de este hombre. Por aquí empezó pues.

Thénardier habia hecho desaparecer el « bindoy » en los bolsillos de su chaleco, y miraba á Marius con una amabilidad casi tierna.

Marius rompió el silencio.

— Thénardier, le he dicho á usted su nombre. Por lo que hace ahora á su secreto, á lo que venia á revelarme, ¿quiere usted que se lo diga igualmente? Tambien yo recibo mis informaciones. Va usted á ver cómo voy mucho más allá que usted tocante á noticias. Juan Valjean, como usted lo ha dicho, es un asesino y un ladron. Un ladron, porque robó á un rico manufacturero cuya ruina ha causado, al señor Magdalena. Un asesino, porque asesinó al agente de policia Javert.

— No comprendo, señor baron, repuso Thénardier.

— Voy á hacerme comprender. Escuche usted. En un distrito del Pas-de-Calais, habia, por los años de 1822, un hombre que habia tenido algun antiguo altercado con la justicia, y que, bajo el nombre del señor Magdalena, se

habia levantado y rehabilitado. Este hombre habia llegado á ser en toda la fuerza de la expresion, un justo. Con una industria, la fabricacion de azabaches imitados, de cuentas y avalorios negros, habia hecho la fortuna de toda una ciudad. En cuanto á su fortuna personal, la habia él hecho tambien, pero secundariamente, y en cierto modo, por ocasion. Era la providencia de los pobres. Fundaba hospitales, abria escuelas, visitaba á los enfermos, dotaba á las solteras necesitadas, sostenia á las viudas, adoptaba á los huérfanos; finalmente, era como el tutor del país. Habia rehusado la cruz, le habian nombrado alcalde. Un antiguo presidiario licenciado sabia el secreto de una pena infligida en otro tiempo á aquel hombre; le delató, le hizo prender, y se aprovechó de la prision para venir á Paris y hacer que le entregara el banquero Laffitte, — yo he sabido el hecho por el mismo cajero, — mediante falsificacion de firma, una suma de más de medio millon de francos que pertenecia al señor Magdalena. Este presidiario quierobó al señor Magdalena es Juan Valjean. Por lo que respecta al otro hecho, tampoco puede usted decir nada que yo ignore. Juan Valjean mató al agente Javert; le mató de un pistoletazo. Yo que le estoy hablando á usted, me hallaba presente.

Thénardier lanzó á Marius la mirada soberana de un hombre derrotado que impone su mano sobre la victoria y que acaba de ganar en un minuto todo el terreno que habia perdido. Pero recobró en seguida la sonrisa; el triunfo del inferior sobre el superior debe ser cariñoso y zalamero; Thénardier se limitó á decir á Marius:

— Señor baron, caminamos por sendas extraviadas.

Y acentuó bien esta frase, haciendo dar vueltas de un modo expresivo al manojo de joyas que pendia del reloj.

— ¡Cómo! repuso Marius, ¿duda usted de esto? ¡Pero si son hechos comprobados!

— No son sino quimeras. La confianza con que me honra el señor baron me hace un deber de decírselo. Ante todo, la verdad y la justicia. No me gusta á mi ver que se acuse á las gentes injustamente. Señor baron, Juan Valjean no ha robado al señor Magdalena, ni Juan Valjean ha matado á Javert.

— ¡Eso sí que es singular! ¿pues cómo?

— Por dos razones.

— ¿Cuáles son esas razones? hable usted.

— Hé aquí la primera: no ha robado al señor Magdalena, por la sencilla razon de que el mismo Juan Valjean es el señor Magdalena.

— ¿Qué me cuenta usted?

— Y hé aquí la segunda: tampoco él asesinó á Javert, por la razon de que quien mató á Javert, fué Javert.

— ¿Qué es lo que usted quiere decir?

— Que Javert se suicidó.

— ¡Pruébelo usted! ¡pruébelo usted! exclamó Marius fuera de sí.

Thénardier contestó, escandiendo su frase á la manera de un alejandrino antiguo:

— El agente-de-policia-Ja-vert-fué-en-con-tra-do-ahogado-ba-jo-un-arco-del-puente-del-Cambio.

— ¡Pero pruebe usted eso!

Thénardier sacó de su bolsillo lateral una ancha cubierta de papel de estraza que parecia contener algunos periódicos doblados, de diversos tamaños.

— Yo tambien poseo mis legajos, dijo con calma.

Y despues añadió:

— Señor baron, en el interes de usted, he querido yo conocer á fondo á Juan Valjean. Digo y repito que Juan Valjean y Magdalena son un mismo hombre, y digo y repito que Javert no ha tenido otro asesino que á Javert; y cuando yo hablo, es que tengo pruebas. No pruebas

manuscritas, pues la letra de mano es sospechosa por que suele ser complaciente, sino pruebas impresas.

Sin dejar de hablar, Thénardier iba sacando de su cubierta ó carpeta dos números de periódicos amarillentos, muy ajados y fuertemente saturados de tabaco. Uno de estos dos periódicos, roto en todos sus doblezes y colgando en varios jirones cuadrados, parecia ser mucho más antiguo que el otro.

— Dos hechos, dos pruebas, dijo Thénardier. Y alargó á Marius los dos periódicos desplegados.

El lector conoce ya estos dos periódicos. Uno de ellos, el más antiguo, un número del *Drapeau blanc* del 25 de Julio de 1823, cuyo texto ha podido verse en la página 94 del tomo segundo de esta obra, establecia la identidad del señor Magdalena y de Juan Valjean. El otro, un *Moniteur* del 15 de Junio de 1832, consignaba el suicidio de Javert, añadiendo que, de un informe verbal de Javert al prefecto de policia resultaba que, habiendo sido hecho prisionero en la barricada de la calle de la Chanvrerie, habia debido la vida á la magnanimidad de un insurrecto que, teniéndole bajo el cañon de su pistola, en vez de levantarle la tapa de los sesos, disparó al aire, y le puso en libertad.

Marius leyó. Habia allí evidencia, fechas exactas, prueba irrefragable, aquellos dos periódicos no habian sido impresos expresamente para apoyar el dicho de Thénardier: la nota publicada en el *Moniteur* habia sido comunicada administrativamente por la prefectura de policia. Marius no podia dudar. Los informes del dependiente cajero de la casa Laffitte eran falsos, y él mismo se habia engañado. Engrandecido bruscamente, Juan Valjean salia del nublado en que se hallaba envuelto. Marius no pudo contener un grito de alegria:

— ¡Pues bien, entónces, ese desdichado es un hombre

admirable! ¡toda esa fortuna era realmente suya! ¡Él es Magdalena, la providencia de todo un país! ¡es Juan Valjean, el salvador de Javert! ¡es un héroe! ¡es un santo!

— No es un santo, ni tampoco es un héroe, repuso Thénardier. Es un asesino y un ladrón.

Y añadió, con el tono de un hombre que empieza á sentirse alguna autoridad: — Calmémonos.

Ladrón, asesino, estas palabras que Marius creía haber desaparecido ya, y que volvían á la escena, cayeron sobre él como un chorro de hielo.

— ¿Todavía? dijo.

— Siempre, contestó Thénardier. Juan Valjean no ha robado á Magdalena, pero es un ladrón. No ha asesinado á Javert, pero es un asesino.

— ¿Quiere usted hablar, repuso Marius, de ese miserable robo de hace cuarenta años, expiado, según resulta de sus mismos periódicos de usted, por toda una vida de arrepentimiento, de abnegación y de virtud?

— Digo asesinato y robo, señor barón. Y repito que me refiero á hechos actuales. Lo que tengo que revelar á usted es absolutamente desconocido. Es cosa inédita. Y tal vez hallará usted aquí el origen de la fortuna tan hábilmente ofrecida por Juan Valjean á la señora baronesa. Digo hábilmente, pues, por medio de una donación de este género, escurrirse en una casa honorable y decente, cuyas comodidades participará, y del mismo golpe, ocultar su crimen, gozar de su robo, sepultar su nombre y crearse una familia, no parece todo esto obra de ningún torpe.

— Yo podría interrumpirle á usted, aquí, observó Marius, pero continúe usted.

— Señor barón, voy á decirlo todo, dejando, la recompensa á su generosidad de usted. Este secreto vale oro macizo. Usted me dirá: ¿Por qué no te has dirigido

más bien á Juan Valjean? por una razón muy sencilla: yo sé que él se ha desappropriado, y desappropriado en favor de usted, y encuentro la combinación ingeniosa; pero él ya no tiene un cuarto; me mostraría sus manos vacías; y puesto que yo necesito algún dinero para mi viaje á la Joya, prefiero dirigirme á usted, que lo posee todo, en vez de dirigirme á él, que no tiene ya nada. Estoy algo cansado, permítame usted que tome una silla.

Marius se sentó y le hizo á él seña para que se sentara.

Thénardier se instaló en un sillón forrado, recogió sus dos periódicos, volvió á introducirlos en su carpeta, y murmuró picoteando con la uña el *Drapeau blanc*: Este me ha costado muchísimo trabajo el conseguirle. Hecho esto, cruzó la piernas y se repantigó bien apoyándose de espaldas, actitud propia de las gentes que están seguras de lo que dicen, y después entró en materia, con la mayor gravedad y acentuando bien sus palabras.

— Señor barón, el 6 de Junio de 1832, hará cosa de un año, el día de la insurrección, se hallaba un hombre en la Grande-Alcantarilla de París, en el paraje en que la cloaca viene á desembocar en el Sena, entre el puente de los Inválidos y el puente de Iéna.

Marius acercó bruscamente su silla á la de Thénardier. Thénardier notó este movimiento y continuó con la calma de un orador que sabe interesar á su interlocutor y que siente la palpación de su adversario bajo sus palabras.

— Aquel hombre, obligado á ocultarse, por motivos completamente ajenos á la política, había elegido la alcantarilla por domicilio y poseía una llave. Repito que esto era el 6 de Junio; serían como las ocho de la tarde. El hombre oyó ruido en la alcantarilla. Muy sorprendido se acurrucó y se puso en acecho. Era un ruido de pasos, alguien andaba en la sombra, y venía hácia donde él se

hallaba. Cosa extraña, había en la alcantarilla otro hombre que él. La verja de salida de la alcantarilla no estaba lejos. Un poco de luz que por ella penetraba le permitió reconocer al recién venido y ver que este hombre llevaba algo sobre sus espaldas. Andaba encorvado. El hombre que iba así andando encorvado era un antiguo presidiario, y lo que conducía á cuestas era un cadáver. Flagrante delito de asesinato, si los hay. Por lo que hace al robo, es cosa que se comprende desde luego; no se mata á un hombre gratuitamente. Aquel galeote iba á echar aquel cadáver al río. Un hecho digno de notarse es que, ántes de llegar á la verja de salida, aquel presidiario, que venía de muy lejos por la alcantarilla, había encontrado necesariamente una hondonada espantosa donde parece que hubiera podido dejar el cadáver, pero entonces, al día siguiente, los poceros, al ir á trabajar en la reparación del barranco subterráneo, habrían encontrado el hombre asesinado, y esto no ajustaba del todo bien las cuentas del asesino. Prefirió pues atravesar la hondonada, con su carga, y sus esfuerzos han debido ser inauditos; imposible es arriesgar más completamente su propia vida; yo no comprendo cómo pudo él salir de allí vivo.

Marius acercó aún más su silla. Thénardier se aprovechó de esta circunstancia para respirar largamente y á sus anchas. Al fin prosiguió su relato:

— Señor baron, una alcantarilla no es el Campo de Marte. Allí se carece de todo, hasta de espacio. Cuando hay allí dos hombres, es preciso que ellos se encuentren. Así sucedió en efecto. El domiciliado y el pasajero se vieron obligados á darse los buenos días, á despecho el uno del otro. El pasajero dijo al domiciliado: — *Ya ves lo que traigo á cuestas, es menester que yo salga de aquí, tú tienes la llave, dámela.* Aquel presidiario era un hombre de una fuerza terrible. No había medio de rehusarle

nada. Sin embargo, el que tenía la llave parlamentó, únicamente para ganar tiempo. Examinó aquel muerto, pero nada pudo ver, sino que era joven, bien puesto, con trazas de rico, y desfigurado todo él por la sangre. Mientras que hablaba, halló medio de romper y arrancar por detras, sin que lo notara el asesino, un pedazo del frac del hombre asesinado. Pieza de convicción, como usted comprende desde luego; medio excelente para volver á encontrar la huella de las cosas, y para probar el crimen al criminal. Esta pieza de convicción se la guardo él en el bolsillo. Hecho esto, abrió la verja, hizo salir al hombre con su muerto á la espalda, cerró de nuevo la verja y se ahuyentó de allí á fin de evitar que le mezclaran á él en la historia de aquella aventura, y sobre todo, no queriendo hallarse allí cuando el asesino arrojara al río el asesinado. Ahora ya lo comprende usted todo. El que conducía el cadáver es Juan Valjean; el que tenía la llave es el que tiene el honor de hablar á usted en este momento; y el pedazo del frac...

Thénardier concluyó la frase sacando de su bolsillo y sosteniendo á la altura de sus ojos, cogido entre las puntas de sus dos pulgares y de sus dos índices, un trozo de paño negro recortado, ó más bien, rasgado, cubierto todo él de manchas oscuras.

Marius se había levantado, pálido, respirando apenas, fijos los ojos en aquel pedazo de paño negro, y sin pronunciar una palabra, sin apartar la vista de aquel arambel, retrocedía hácia la pared y, con su mano derecha extendida detras de él, buscaba á tientas la llave que estaba puesta en la cerradura de una alacena que había junto á la chimenea de la sala. Por fin dió con la llave, abrió la alacena, introdujo en ella el brazo sin mirar siquiera á aquel sitio, y sin que su azorada pupila se desprendiese un instante del trapo que Thénardier tenía desplegado.

Entre tanto Thénardier continuaba diciendo :

— Señor baron, yo tengo las más sólidas razones para creer que el jóven asesinado era un opulento extranjero atraído por Juan Valjean á una emboscada y portador de una suma enorme.

— ¡El jóven era yo, y hé aquí el frac! gritó Marius, y arrojó al suelo un frac negro y viejo todo el manchado de sangre.

En seguida, arrancando el pedazo de paño de las manos de Thénardier, se inclinó sobre el frac, y acreció á la falda recortada el trozo arrancado. El jiron hecho en la falda se adaptaba exactamente, y el trapo completaba el frac.

Thénardier se hallaba petrificado; y dijo para sí : Me deja chafado.

Marius se levantó tembloroso, desesperado y radiante.

Se metió la mano en el bolsillo, y marchó furioso hacia Thénardier, presentándole y casi apoyándole contra la cara el puño lleno de billetes de quinientos y de mil francos.

— ¡Usted es un infame! Usted es un embustero, un calumniador, un malvado. Venía usted á acusar á ese hombre, y lo que ha hecho es justificarle; queria usted perderle, y sólo ha conseguido glorificarle. ¡Usted sí que es un ladrón! ¡Usted sí que es un asesino! Yo le he visto á usted, Thénardier, Jondrette, en esa casucha del boulevard del Hospital. Sé bastante acerca de usted para poder enviarle á un presidio; y aún más léjos, si quisiera. ¡Tenga usted, allá van mil francos, bribon, sin vergüenza!

Y arrojó un billete de mil francos á Thénardier.

— Ah! Jondrette Thénardier, picaro villano! Sirvale á usted esto de lección, especulador de secretos, traficante de misterios, escudriñador de tinieblas, miserable! Tome usted esos quinientos francos, y salga de aquí inmediatamente! Waterloo le protege.

— ¡Waterloo! gruñó Thénardier, guardándose en el bolsillo los quinientos francos juntamente con los mil que habia recibido ántes.

— Sí, asesino! allí salvó usted la vida á un coronel..

— Á un general, dijo Thénardier, levantando la cabeza.

— Á un coronel! repuso Marius con furia. Yo no daría un ochavo por un general. Y venía usted aquí á hacer infamias! Yo le digo á usted que ha cometido toda especie de crímenes. Márchese usted corriendo! desaparezca de aquí inmediatamente! Sea usted feliz á su manera, es todo lo que yo deseo. Ah! monstruo! Ahí tiene usted otros tres mil francos. Tómelos. Mañana mismo saldrá usted para América, con su hija, pues su mujer de usted ha muerto, embustero abominable. Yo vigilaré su salida, bandido, y en aquel momento le entregaré á usted veinte mil francos. Vaya usted á hacerse ahorcar á otra parte!

— Señor baron, respondió Thénardier saludando hasta el suelo, reconocimiento eterno.

Y Thénardier salió, sin comprender nada de lo que le sucedia, estupefacto y enajenado, viéndose así abrumado y aterrado bajo aquella granizada de sacos de oro y aquellos rayos que caian sobre su cabeza bajo la forma de billetes de banco.

Abismado, lo estaba, pero contento también; y por cierto que le habria disgustado mucho hallar un pararrayo contra aquella tormenta.

Concluyamos cuanto ántes con este hombre. Dos dias despues de los acontecimientos que acabamos de referir en este momento, marchó, presidiendo á su marcha los cuidados de Marius, con direccion á América, bajo un nombre supuesto, y en compañía de su hija Azelma, provisto de una letra de cambio de veinte mil francos sobre New-York. La miseria moral de Thénardier, el bourgeois frustrado, era irremediable; en América fué lo mismo que

habia sido en Europa. El contacto de un malvado basta á veces para corromper una buena accion, y para hacer brotar de ella una cosa mala. Con el dinero de Marius, Thénardier se hizo traficante en negros.

Luégo que Thénardier se hallaba ya fuera, corrió Marius al jardin donde Coseta se estaba aún paseando.

— Coseta! Coseta! gritó repetidas veces. Ven aca! ven corriendo. Marchemos. Basque, un fiacre! Coseta, ven. Ah! Dios mio! Y esél quien me salvó la vida! No perdamos un minuto! ponte un pañuelo y ven al instante.

Coseta le creyó loco, y obedeció.

Marius no respiraba, y aplicaba la mano sobre su corazon para comprimir sus latidos. Iba y venía, dando grandes pasos, y besaba á Coseta: — Ah! Coseta! soy un desgraciado! decia.

Se hallaba como desatinado. Comenzaba á ver en aquel Juan Valjean cierta figura elevada y sombría. Apareciale allí una virtud inaudita, suprema, suave y humilde en su inmensidad. El galeote se transfiguraba en Cristo. Marius sufría el deslumbramiento de este prodigio. No sabia él á lo justo lo que veía, pero era grande.

En un instante se halló un coche á la puerta.

Marius hizo subir en él á Coseta y él se lanzó allí dentro tambien.

— Cochero, gritó, calle de l'Homme-Armé, número 7.

El coche partió.

— Ah! qué dicha! dijo Coseta, calle de l'Homme-Armé. Yo no me atrevia ya á hablarte de ella. Vamos á ver al señor Juan.

— Á tu padre! Coseta, tu padre hoy más que nunca. Coseta, ya lo adivino todo. Tú me has dicho que jamas has recibido la carta que yo te envié por medio de Gavroche. Sin duda fué á parar á sus manos, Coseta, y en seguida se fué á la barricada para salvarme. Como en él es una

necesidad en ser un ángel, de paso salvó tambien á otros; salvó á Javert. Me sacó de aquel abismo para darme á ti. Me condujo sobre sus hombros al traves de esa pavorosa cloaca. Ah! soy un monstruo de ingritud! Coseta, despues de haber sido tu providencia, ha sido tambien la mia. Figúrate que habia allí una hondonada espantosa, capaz de ahogarse uno en ella cien veces, y ahogarse en el cieno. Coseta! él me la hizo atravesar. Yo estaba desmayado, sin conocimiento; nada veía, nada oía, nada podia saber de mi propia aventura. Vamos á traérnosle, á hacerle venir con nosotros, que quiera ó que no, ya no nos abandonará jamas. Con tal que esté en su casa! Con tal que le hallemos! Pasaré el resto de mi vida venerándole! Si, ¿ves, Coseta? debe de ser eso sin duda. Á él es á quien Gavroche entregaria mi carta. Todo se explica. Tú comprendes.

Coseta ne comprendia ni una palabra.

Entre tanto, el fiacre iba rodando.



V

NOCHE TRAS DE LA CUAL ESTÁ EL DÍA

Al oír el golpe que dieron en la puerta, Juan Valjean volvió la cabeza.

— Adelante, dijo con voz apagada.

Abrióse la puerta, y aparecieron Coseta y Marius.

Coseta se precipitó en la habitación.

Marius permaneció á la entrada de pié, apoyado contra el montante de la puerta.

— ¡Coseta! dijo Juan Valjean, y se enderezó sobre su silla, con los brazos abiertos y temblorosos, trágico, lívido, siniestro, rebosando los ojos una inmensa alegría.

Coseta, sofocada por la emoción, cayó sobre el pecho de Juan Valjean.

— ¡Padre! le dijo.

Juan Valjean, trastornado, decia como tartamudeando y balbuciente :

— ¡Coseta! ¡ella! ¡usted, señora! ¡eres tú! ¡Ah, Dios mío! Y, estrechado en los brazos de Coseta, exclamó :

— ¡Eres tú! ¡estás aquí! ¡Conque me perdonas!

Marius, bajando los párpados para impedir que le corrieran las lágrimas, dió un paso y murmuró entre sus labios contraidos convulsivamente para detener los sollozos :

— ¡Padre mío!

— ¡Y usted también, me perdona! dijo Juan Valjean.

Marius no pudo hallar ni una palabra, y Juan Valjean añadió : — Gracias.

Coseta se desembarazó del pañuelo y arrojó el gorro sobre la cama.

— Eso me estorba, dijo.

Y sentándose sobre las rodillas del anciano, separó sus canas con un movimiento adorable, y le besó la frente.

Juan Valjean dejaba obrar, entregado á una especie de extravío cerebral.

Coseta, que no comprendía sino muy confusamente, redoblaba sus caricias, como si quisiera ella pagar la deuda de Marius.

Juan Valjean dijo en tono balbuciente :

— ¡Qué tonto es uno! Creía yo que ya no la vería jamás. Figúrese usted, señor Pontmercy, que en el momento en que ustedes entraban en esta casa, me estaba yo diciendo á mí mismo : — Es cosa concluida. Hé ahí su vestidito, soy un hombre miserable, ya no volveré á ver á Coseta; y decia esto en el instante mismo en que ustedes subían la escalera. ¡Qué idiota era yo! ¡Hé ahí hasta qué punto es uno de idiota! Porque no cuenta con los designios de Dios. Dios dice : ¡Tú te imaginas que te van á abandonar, bobo! No, no, eso no sucederá así. Vamos, allí hay un pobre hombre que necesita un ángel. Y el ángel viene; y vuelve uno á ver á su Coseta! ¡y vuelve á ver á su Cosetita! ¡Ah! yo era muy desgraciado.

Durante un momento, permaneció sin poder hablar, y despues prosiguió :

— Tenía yo una grande necesidad de ver á Coseta, si quiera un ratito, de vez en cuando. Un corazon necesita siempre un huesecito que roer. Sin embargo, conocía yo que estaba allí de más; y me daba mis razones : Ellos no necesitan de ti para nada, quédate en tu rincón, nadie tiene derecho para eternizarse. ¡ Ah! bendito sea Dios, vuelvo á verla ! ¿ Sabes, Coseta, que tu marido es muy guapo ? ¡ Ah! tienes un bonito cnello bordado, esto está muy bien. Me gusta mucho este dibujo. ¿ Te lo ha escogido tu esposo, no es verdad ? Y ademas, necesitarás cachemiras. Señor Pontmercy, déjeme usted tutearla. Ya no será por mucho tiempo.

Y Coseta añadió :

— ¡ Qué picardía, el habernos dejado de esa manera ! ¿ Pues adónde ha ido usted ? ¿ por qué se ha estado por allá tanto tiempo ? Otras veces, sus viajes de usted no duraban más de tres ó cuatro dias. Yo he enviado aquí á Nicolette, y siempre la respondian : Está ausente. ¿ Desde cuándo está usted de vuelta ? ¿ Por qué no nos lo hizo avisar al instante ? ¿ Sabe usted que le encuentro muy cambiado ? ¡ Ah! mi picarillo padre ! ¡ ha estado malo y nosotros no lo hemos sabido ! ¡ Ven, Marius, toca su mano, y verás qué fria está !

— ¡ Conque así, tambien usted ha venido, señor Pontmercy ! ¡ usted tambien me perdona ! añadió Juan Valjean.

Al oír esta palabra, que Juan Valjean acababa de repetir, todo lo que se iba agolpando en el corazon de Marius, é hinchándole, halló salida y estalló al fin :

— ¿ Coseta, lo oyes ? ¡ mira qué empeño tan singular ! me pide perdón ¿ Y sabes lo que me ha hecho, Coseta ? me ha salvado la vida. Más aún. Me ha unido contigo. Y despues de haberme salvado, y despues de habernos

unido en santo enlace, ¿ Coseta, qué ha hecho de sí mismo ? se ha sacrificado. Hé ahí lo que es este hombre. Y, á mí el ingrato, á mí el olvidoso, á mí el desapiadado, á mí el culpable, me dice : ¡ Gracias ! Coseta, toda mi vida pasada á los piés de este hombre, será aún demasiado poco ! Esa barricada, esa alcantarilla, aquella hornaza, esta cloaca, todo lo ha atravesado él y lo ha arrastrado por mí, por ti, Coseta ! El me ha conducido por en medio de todas las muertes que apartaba de mí y que aceptaba para él. Todas las bravuras, todas las virtudes, todos los heroísmos, todas las santidades se reunen en ese hombre, Coseta, todo esto lo posee ese hombre, es el ángel.

— ¡ Chiton ! ¡ chiton ! dijo en voz baja Juan Valjean. ¿ Á qué viene el decir todo eso ?

— ¡ Pero usted ! exclamó Marius con una ira mezclada de veneracion, ¿ por qué no nos lo ha dicho ? Tambien usted ha tenido mucha culpa. ¡ Salva usted la vida á las gentes, y guarda para sí luégo el secreto, sin decir las nada ! Aún más hace usted, so pretexto de desenmascarse, se calumnia á sí mismo. Esto es horrible.

— Yo no he dicho más que la verdad, respondió Juan Valjean.

— No, repuso Marius, la verdad, es toda la verdad ; y usted no la ha dicho. Usted era el señor Magdalena ; ¿ por qué no nos lo ha dicho ? Usted habia salvado á Javert ; ¿ por qué no nos lo ha dicho ? Yo le debía á usted la vida ; ¿ por qué no nos lo ha dicho ?

— Porque yo pensaba como usted. Yo hallaba que usted tenía razon. Era menester que me fuera. Si usted hubiera sabido el suceso de las alcantarillas, me habria hecho quedar con ustedes. Por consiguiente, debia yo callarme. Si hubiera hablado, esto lo habria estorbado todo.

— ¿ Estorbado, qué ? ¿ estorbado, á quién ? repuso Marius. ¿ Cree usted por ventura que va á quedarse aquí ?